

EL BANDO EQUIVOCADO

- Le han encontrado, señor.

El Capitán tardó unos segundos en reaccionar.

- ¿Cómo dice soldado? –preguntó sin levantar la vista.
- El soldado desaparecido, señor, el que no regresó con los supervivientes...

En cuanto su mente dejó de centrarse en los mapas que cubrían el escritorio, la noticia golpeó su cerebro como si le hubieran aplicado una pequeña corriente eléctrica. A su espalda, el teniente, que permanecía de pie observando el trabajo del capitán sobre los mapas, se puso tenso ante la mención de la patrulla masacrada. El asunto pasó de nuevo a máxima prioridad. El capitán dudó un instante mientras decidía qué era lo que necesitaba saber antes.

- ¿Con vida? – preguntó al fin.
- Sí señor.
- ¿Sólo?
- Sí señor...bueno, creo que sí, señor.
- ¿Cómo creo...no iba usted en el grupo soldado?

- No, capitán, yo...- la voz del joven empezó a temblar al tener que responder algo más que monosílabos -...vine a avisarle en cuanto regresó la patrulla de reconocimiento, porque ninguno de ellos ha podido presentarse, el sargento Hudson ha ido directo a la enfermería y el médico que iba con ellos está atendiéndole...los otros dos se han quedado con él...

- ¿Hudson en la enfermería? ¿Y él ahí fuera tan campante? ¿No está herido de ninguna manera?
- Bueno, no sé señor, en realidad...
- ¡Déjelo por el amor de Dios, y haga que entren! Estamos perdiendo un tiempo valiosísimo...¡Teniente, vaya con él y traiga también a Hudson, no me importa lo que le duela!
- Sí señor – el teniente saludó de manera mecánica al tiempo que salía a cumplir la orden, por delante del joven soldado.
- ¡Sí, señor! ¡Enseguida, señor! – la orden de alejarse de la presencia del capitán pareció insuflar nuevo ánimo en el joven soldado, que se alejó rápidamente dando un saltito. Ni siquiera se cuadró antes de salir por la puerta. El capitán era cada vez más

consciente de que estaba comandando una pandilla de chavales que no sólo no tenían una formación militar adecuada, sino que ni siquiera cumplían el cometido que se esperaba de ellos. Sólo venían hasta allí para morir. Y ahora uno de ellos había regresado de la muerte.

Apenas había empezado a imaginar lo que habría sucedido cuando entraron los dos hombres con el soldado desaparecido. Hacía apenas dos días eran los hombres con el aspecto más saludable de toda la compañía; ahora su estado era tal que parecían haber pasado meses. Sus rostros reflejaban un gran cansancio y estaban muy pálidos. Sin embargo no presentaban ninguna herida llamativa ni signos de violencia, salvo por las manchas que cubrían sus uniformes. El origen de las mismas era fácilmente adivinable al observar la persona situada entre los dos hombres, que sujetaban un brazo cada uno. El uniforme del soldado estaba en un estado lamentable, rasgado en su mayor parte y de un color extraño debido a las innumerables manchas. De hecho era difícil imaginar dónde acababa el color original del uniforme y dónde empezaban las manchas, pero esto no era algo que sorprendiera al capitán. Llevaba demasiado tiempo en el servicio como para asombrarse del modo en que la sangre y el barro podían teñir los uniformes hasta formar un color sucio e inconfundible, el color de la muerte. Sin embargo, el portador del uniforme no sólo no estaba muerto sino que parecía no tener graves heridas. Cojeaba de manera evidente, pero no parecía mostrar dolor. Su rostro estaba impertérrito, más bien expectante ante lo que se esperaba de él antes que temeroso por su destino. Había algo extraño en él, pero el capitán no pudo definirlo en un primer vistazo. Qué diablos, pensó, la situación en sí misma es lo bastante extraña, así que empecemos cuanto antes a averiguar qué es lo que pasó ahí fuera.

- Bien, veamos. ¿Fueron ustedes los que le encontraron?
- Sí, señor – respondió el hombre que sujetaba el brazo de la derecha. El otro permaneció callado, con la vista clavada en algún punto que sólo él conocía. Detrás de ellos apareció el teniente, sólo, con aspecto contrariado.
- ¿Se puede saber dónde está el resto de la patrulla? ¿Y el sargento Hudson?
- Verá, señor, sigue en la enfermería con el médico. Parece que ha tenido una especie de crisis nerviosa, fui a buscarle para que le diera el informe pero estaban sedándolo.

El capitán no daba crédito. Si hubieran topado con un grupo de alemanes, no estarían tan enteros. De hecho, era improbable que estuvieran todos de vuelta con el

soldado desaparecido si les hubiera sorprendido una emboscada. Y allí estaban, con Hudson fuera de combate y este soldado insignificante y anónimo de pie ante él, perfectamente sereno y en sus cabales.

- Bien, que alguno de ustedes dos me cuente exactamente cómo y dónde lo encontraron.

Tras mirar durante unos segundos a su compañero, que seguía mirando al infinito, el soldado de la derecha volvió a tomar la palabra.

- El día 13 a las 6 a.m. partimos...
- Soldado empiece por la parte que *no* conozco – el Capitán empezaba a impacientarse y el tono de su voz reflejaba este hecho.
- Sí señor. Llevábamos todo el día reconociendo el terreno cercano a la posición donde había sido sorprendido la primera patrulla cuando nos dimos cuenta que nos habíamos alejado demasiado de nuestras líneas, así que nos preparamos para pasar la noche. Planeamos una ruta para seguir al día siguiente, aprovechando que habíamos llegado más lejos que en ningún reconocimiento anterior, y por la mañana en cuanto la niebla nos lo permitió nos pusimos en marcha.

“Habíamos peinado gran parte de la zona más cercana a los puestos avanzados alemanes cuando empezamos a distinguir un rastro. Esa zona del bosque es muy húmeda, y por todo el barro había pisadas confusas, muy mezcladas, difícil decir si amigas o enemigas. Pronto nos dimos cuenta de que allí había habido contacto con el enemigo, y dedujimos que íbamos por el buen camino. Era probablemente la zona donde la primera patrulla se había topado con el pelotón enemigo, aunque ninguno de los que regresó había sido capaz de concretar la posición. Como usted sabe, lo único que sacamos en claro de sus explicaciones era que el resto de compañeros habían caído en la primera refriega, y que...él – señaló al soldado que aún sostenía por el brazo derecho - ...bueno, que le vieron alejarse y saltar tras unos troncos mientras ellos intentaban repeler el ataque. Así que empezamos a sondear cualquier posible escondite en los alrededores, por si hubiera sobrevivido y siguiera refugiado...también era posible que se hubiera desorientado por la densa niebla que rodea siempre los altos árboles de esa zona, y al acercarse demasiado a las líneas enemigas hubiera sido descubierto... Empezamos a confiar que encontraríamos su cadáver tarde o temprano, señor para serle sincero en aquél momento empezábamos a desear que así fuera para poder regresar...pero no fue así...de hecho, bueno, sí, empezamos a encontrar cadáveres, pero no sólo los compañeros, había muchos otros

cuerpos de alemanes, de hecho, algunos cuerpos era difícil decir, ya sabe, bueno, no sabíamos si eran de los nuestros o...estaban tan...”

Era evidente que de un momento a otro el soldado iba a perder el control. Pero su nerviosismo y balbuceos no fueron nada comparados con la reacción de su compañero, el que sujetaba el otro brazo. Lo primero que salió de su boca, desde que habían entrado por la puerta, fue una arcada imposible de contener seguida de fuertes espasmos; a continuación todo su cuerpo se puso a temblar, y falló en sostener al soldado que traían sujeto, el cual miraba con cara de extrañeza toda la escena.

- ¡Soldado, maldita sea, es que no puede controlarse! Lárguese a la enfermería con Hudson y el médico; me encargaré de ustedes y su falta de entereza más tarde. Esto no quedará así...¡Es vergonzoso! – los gritos del capitán hicieron que el otro soldado recuperara la compostura. De hecho, aunque esa fue la intención del capitán en un primer momento, se dio cuenta de que él mismo estaba demasiado alterado y no precisamente por la falta de entereza de sus hombres. Cada vez se sentía más incómodo en presencia del soldado reaparecido, y seguía sin saber porqué.

Cuando el soldado de la mirada perdida y los espasmos hubo salido a toda velocidad por la puerta, ayudado por los empujones del teniente, el capitán ordenó al reaparecido que se sentara. Éste, con total tranquilidad tomó asiento en la silla frente a la mesa cubierta de mapas. El otro quedó de pie esperando alguna instrucción, temiendo que se le pidiera continuar la historia. Y así fue.

- Continúe – ordenó el capitán en un tono que no permitía réplica. El teniente se situó a su espalda, guardando un absoluto silencio y mirando fijamente al soldado sentado. Tras un gran trago de saliva, el soldado que actuaba como narrador continuó, con voz nuevamente firme.
- Bien, pues, como digo, empezaron a aparecer cuerpos. Los más...enteros, eran los de los miembros de la patrulla que habían intentado huir, estaba claro por la posición de los cuerpos, habían sido acribillados por la espalda, pero entre ellos no estaba el cuerpo que buscábamos así que continuamos...entonces subimos un altiplano y al otro lado...Dios...allí estaban los demás...todos los compañeros, desperdigados tras el altiplano, en las trincheras que lo rodeaban. Todos destrozados...la lucha fue encarnizada, Capitán, habían luchado cuerpo a cuerpo, en las trincheras...y allí habían muerto todos...pero entonces nos dimos cuenta de

algo extraño; no había ni un solo cuerpo alemán, señor. Ni uno. Todos nuestros hombres estaban esparcidos por las trincheras, en la misma posición en que murieron, pero junto a ellos, ni un solo cuerpo alemán. Empezamos a temer una emboscada, y nos pusimos en alerta, bueno, más aún quiero decir...y entonces...siguiendo un rastro de sangre en el barro...lo vimos...- en este punto, el soldado, que había ido bajando el tono de voz poco a poco, permaneció silencioso, con la mirada perdida.

- Vieron, ¿qué? Vamos soldado esta historia ya dura demasiado...¿¿qué demonios vieron??

Los gritos de su superior sacaron al soldado de su ensoñación.

- A él, señor.

El superviviente alzó la mirada, con un gesto que podría interpretarse como que por fin, pensaba, se hablaba de él directamente.

- A él y a los cuerpos que faltaban. A su alrededor. Destrozados. Pero no desperdigados, como los de nuestros compañeros, ni caídos de cualquier manera, no señor, estaban todos colocados en montones, agrupados, alrededor suyo...y él...él...nos miró, sonriendo, con la cara toda...toda...

A partir de este momento fue evidente que el soldado no podría continuar la historia. Pero eso no importó al capitán. Ya no veía al soldado narrador. Ya no pensaba en la misteriosa reaparición. Ya no recordaba la posibilidad de tener que juzgar a un posible desertor. Ni tan sólo sentía la lástima de haber perdido una patrulla con los mejores hombres de la compañía ni haber malgastado la cordura del resto haciéndoles patrullar la misma zona conflictiva. Nada de esto podía afectarle, porque su mente estaba ocupada ahora por un único pensamiento; había descubierto por fin lo que desde el primer instante le estaba incomodando del soldado reaparecido. Las palabras del otro le habían hecho fijarse en lo que había pasado por alto. Frente a él, sentado en la silla y en perfecta armonía, el soldado que había regresado de la muerte lucía una sonrisa teñida de rojo. La sangre que rodeaba su boca y bajaba hasta el mentón, aunque reseca y mezclada con barro, no era producto de las heridas ni de la cercanía de los cadáveres. Si de algo entendía el capitán era de manchas de sangre, y ese rastro de chorretones no era salpicado. Su única naturaleza posible hizo que, al mismo tiempo, sintiera una náusea y un atisbo de comprensión por primera vez desde que empezó el relato.

- Mi Capitán, ¿puedo hablar ahora?

La visión de esa boca terrible abriéndose y dejando entrever los dientes podría haber acabado con la entereza del capitán. Pero no fue así. Su mente militar se había impuesto al instante, y ahora todo su cuerpo era dirigido por ella.

- Hable, soldado.
- Verá, Capitán, antes de nada quiero que disculpe a los chicos...ellos no tienen la culpa, no saben lo que yo he descubierto...de hecho, no creo que sepan bien qué ha pasado, y yo no les he dicho nada...no sabía si lo entenderían...es más, ya ha visto cómo han reaccionado, ni siquiera han tenido estómago así que...bueno le contaré lo que pasó.

“ Efectivamente, fuimos sorprendidos. Efectivamente, hubo una masacre. Y como informaron los pocos que pudieron escapar con vida, yo, cobardemente, aproveché la primera ocasión para ponerme a salvo en un agujero cercano. No lo negaré. Ni siquiera tuve el valor de intentar huir bajo el fuego enemigo, como hicieron los demás, o morir como un héroe, avanzando contra los enemigos. Me escondí. Pero fue una reprobable acción que tuvo unas consecuencias...impresionantes...”

Desde esa posición, pude verlo todo; vi cómo los que huían corrían despavoridos, vi cómo los que avanzaban eran masacrados...Dios...fue brutal...lucharon cuerpo a cuerpo, señor, matándose a centímetros de distancia...pude ver sus caras...y entonces lo supe; el enemigo estaba disfrutando. Sé que puede sonar raro, señor, pero me convencí de ello; debería haber visto cómo sonreían, triunfales, cada vez que apuñalaban a uno de los nuestros, o les disparaban a bocajarro...sentí un odio inmenso que ardía dentro de mí, señor, al ver cómo disfrutaban, y cuando todo terminó, se retiraron...¡saltando de alegría! Me pareció distinguir incluso que uno de ellos lloraba de emoción, señor, su cara estaba llena de lágrimas, sí, lo recuerdo...y ni siquiera... ni siquiera se pararon a honrar los cuerpos, de ninguna manera, los dejaron tirados en el barro, como cerdos, y se retiraron, a festejar su sucia victoria...pero no podía quedar así. Mientras pensaba esto último, me desmayé, agotado con la horrible visión.

Cuando desperté, era noche cerrada. Me encontraba tendido boca abajo, respirando el barro y las hojas muertas, y cuando pasó el tiempo suficiente, pude agudizar el oído y distinguir que los alemanes estaban preparándose para cenar. Se oían cacharros de metal y risas. Alcé con precaución la cabeza y pude distinguir el vapor de sus respiraciones y el humo de sus cigarrillos. No estaban lejos. Me encontraba con renovadas energías, y en mi cabeza una única idea. Debía vengar a

mis compañeros y enmendar mi cobarde acto. Se lo debía. Y sabía perfectamente cómo debía hacerlo.

El primero fue fácil. Estaba separado del resto del grupo, recogiendo leña. Le sorprendí por la espalda, y con un movimiento le partí el cuello. Apenas se dio cuenta. Esto me contrarió, por supuesto, pero era necesario si quería tener éxito. Me puse su chaqueta, sus botas, y su casco. Saqué su cuchillo de la funda. Cogí el mío con la otra mano. Y me acerqué al agujero donde habían prendido un pequeño fuego, en la trinchera, esperando que no sería visto a larga distancia...pero yo no me encontraba a larga distancia...

Fue glorioso, Capitán. No se dieron cuenta del engaño hasta el último momento...los primeros fueron los que estaban de pie, supuestamente de guardia; una cuchillada en el cuello para cada uno, tan rápido que apenas pudieron dar la voz de alarma, y entonces los que estaban junto al fuego reaccionaron...pero era tarde. De un salto, me planté en medio de los dos y los desarmé; los cuchillos me estaban ayudando mucho, pero no quería excederme; de una patada en la boca dejé inconsciente a uno, mientras que a los otros dos los acuchillé en los brazos haciéndoles soltar el arma. Una vez estuvieron desarmados, los tuve a mi merced...y tuve mi recompensa, señor, sí, vi el miedo en sus ojos...y el dolor cuando acuchillé su vientre...

Antes de poder saborear mi victoria, me di cuenta de que había más grupos de alemanes cercanos. Habían sido alertados, y se aproximaban. Oí gritos en alemán, y disparos alocados...los tenía a mi merced, estaban aterrados...sólo consiguieron descubrir su posición en la oscuridad, y darme un camino para flanquearlos...así fue como fui eliminando a todos, señor, todos los del pelotón que había diezmado a los nuestros, hasta que no quedó ni uno...cuando estuve seguro de esto, empecé la última parte de mi misión, la más importante...fui reuniendo los cuerpos, haciendo montones, y me dispuse a recuperarme de mi esfuerzo físico. Debía descansar. Reponer fuerzas. Debía *comer*. Y eso hice.

No puede imaginarse, señor, lo que sentí cuando me llevé a la boca el primer pedazo de soldado enemigo...jamás imaginé que pudiera significar tanto. Cuando se me ocurrió, allá en mi miserable agujero, al ver cómo destrozaban a los que había llamado amigos, a mis hermanos...no podía imaginar que, además de ser lo justo y necesario, iba a ser delicioso...no sólo me daría fuerzas para continuar, y repondría los elementos que la batalla y el cansancio habían gastado en mi castigado cuerpo, sino que además estaba disfrutando, con la satisfacción de saber que el tan odiado

enemigo, tan poderoso, formaría ahora parte de mí, tendría su energía, su odio, su violencia en el combate, ¡todo para mí! Era lo justo, lo supe en cuanto probé el primer bocado, así que seguí hasta saciarme, hasta que hube probado trozos de todos y cada uno de los que había matado con mis propias manos... Cuando quise darme cuenta, era de día, y allí estaban sus hombres, mirándome boquiabiertos... de hecho, tal vez hubiera pasado más de un día, no sé, el ritual duró demasiado, o no.. ¿qué día es hoy, Capitán?”

No pudo soportarlo más. Esta última pregunta, tan inocente, tan cotidiana, pero en un contexto tan horrendo hacía que la situación fuera aún más insoportable, y el capitán estalló; pero sorprendentemente, no estalló con violencia, ni gritó, no siquiera alzó la vista...

- Soldado, Está usted arrestado. Lléveselo.

El otro soldado, aún de pie, actuó con rapidez a pesar del evidente trastorno que el relato le había causado. Levantó el brazo del prisionero, bruscamente.

- Capitán, por favor, déjeme que le explique, no puede encerrarme, debo explicar a todos... no haga que me devuelvan a casa, aún hay mucho por hacer...oh Dios no me encierren en el hospital, no estoy mal, sólo sé qué es lo que debe hacerse, por duro que parezca, si me deja puedo enseñarles a todos, lucharán mejor, ¡es lo que merecen esas bestias! Son bestias, señor, ¿no lo sabe aún? ¡Se merecen eso y más! ¡¡Ellos hacen lo mismo, estoy seguro!! *¡No me encierren por favor! ¡¡Por favor!!*

Los gritos se perdieron cuando atravesaron la puerta y se alejaron. El Capitán permanecía sereno. Su rostro, inescrutable, no daba pistas de su estado de ánimo. Si estaba asustado, no lo mostraba. Si sentía temor o tristeza, nunca se sabría. En el interior de su cabeza, el engranaje de la mente militar estaba trabajando más rápido que nunca.

Y pronto tomó la decisión de lo que se debía hacer.

El teniente, que había estado observado la escena con una serenidad ejemplar, se mostraba ahora claramente afectado tras escuchar el final del relato. Con un semblante de preocupación, habló por primera vez al percatarse de que el Capitán había llegado a alguna conclusión.

- ¿Qué va a hacer con él, señor?

Sin darse la vuelta, el Capitán habló con voz firme.

- Le diré lo que voy a hacer. Voy a encerrarle, como le he dicho. Estará cinco días en el calabozo. Luego pasará a manos del médico y, cuando considere que está en perfectas condiciones de salud, volverá al campo de batalla.

El teniente se quedó boquiabierto. Un estremecimiento le recorrió de la cabeza a los pies.

- Pero, señor...
- Silencio. La decisión está tomada. Y cuento con usted, teniente, para que lo que se ha oído entre estas paredes jamás salga de ellas. ¿Está claro?
- Sí, señor, pero...
- Pero nada. Nadie debe saberlo. Ocúpese de que el otro soldado que estaba presente no hable con nadie de lo sucedido. Si hace falta, le licenciaremos antes de tiempo. No apruebo lo que ha ocurrido, teniente, usted me conoce, pero no puedo desperdiciar un recurso como éste. Este individuo ha acabado, él sólo, con sus manos desnudas, con todo un pelotón, me importa un carajo si está guiado por el mismísimo Satanás; en esta guerra no podemos dejar de utilizar ningún recurso, y pienso aprovechar esta nueva máquina de matar aunque esté absolutamente demenciado. Y ahora retírese.

Tras las palabras del Capitán, no había réplica posible. Era lo que debía hacer. Nadie cuestionaría su decisión cuando tomaran la frontera habiendo diezmado a los alemanes. Nadie haría preguntas. La mente militar una vez más había dejado atrás cualquier lastre debido a las consideraciones humanitarias. Era la única manera en que se ganaban las guerras.

El teniente se dirigió a la puerta, pero antes de cruzarla habló por última vez.

- ¿Y si la máquina está guiada realmente por Satanás, señor?

El capitán suspiró, sin girarse. La respuesta era evidente.

- Entonces, significará que luchamos en el bando equivocado.